

Las ruinas de Chanchan, ciudad antigua al sud de Tumbes, forman un conjunto prodigioso de *huacas*, nombre con que se designa indistintamente toda construcción antigua, necrópolis, palacio, fortaleza, almacén, acueducto ó vivienda. Una de esas huacas suministró en 1578 objetos labrados de oro por un valor total de 4.450,784 pesos de plata ¹ (¿de 20 á 30 millones de francos?) Y eso no era más que una mínima parte de los tesoros recogidos en aquellas catacumbas.

En cuanto á los caminos, los que partían del centro político del imperio eran construídos con tanto esmero como los de los Mayas, y el conjunto de la red de comunicaciones, comprendiendo la línea del litoral y la de la montaña con todas las redes intermediarias, no tenía igual en el mundo; el de los antiguos Romanos no le igualaba en extensión ni en audacia y no duró tanto tiempo; hasta sobre la vertiente de los grandes bosques se ven en distintos puntos los caminos enlosados descender hacia los ríos amazónicos: también existen en plena selva en las orillas del Beni, el gran afluente del Madeira. Los misioneros franciscanos, establecidos en el puesto de Ysiamá, cerca de la desembocadura del Madidi, siguieron aquella antigua calzada, llamada de los Incas ², aunque tal vez pertenezca á tiempos más antiguos, como otro camino, también llamado de los Incas, que franqueaba la cumbre, la brecha de los Andes que utilizará un día el ferrocarril de Buenos Aires á Valparaíso.

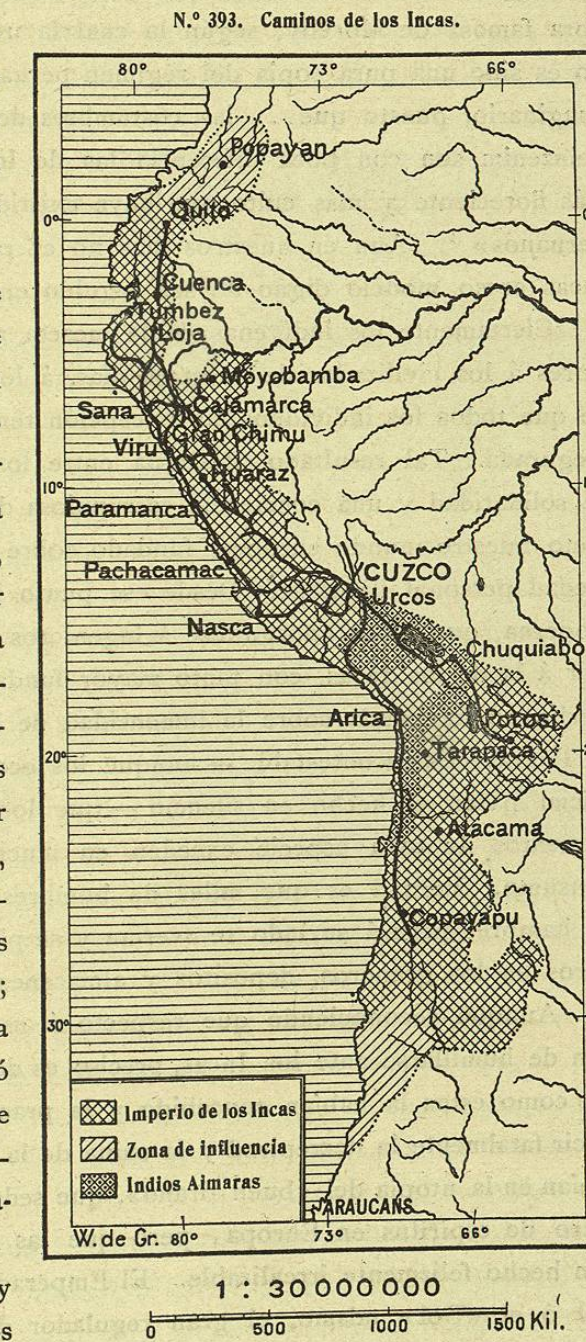
Los oficios de la edad incásica no eran inferiores á los de ninguna otra nación del Nuevo Mundo. Este pueblo era además el único que había sabido domesticar un animal de modo que pudiera ser utilizado bajo el punto de vista económico. La llama había llegado á ser el compañero del indígena como bestia de carga para el transporte de los productos y de las mercancías; el compañero, porque nunca se le pegaba, ni se le obligaba á apresurar el paso: se le seguía, animándole con buenas palabras, gorjeos y cantos. Si los Incas no habían llegado todavía á la invención de la escritura propiamente dicha, lo que afirman algunos autores contemporáneos

¹ Edwin; — R. Heath, *Antigüedades peruanas*, «Bol. de la Soc. Geogr. de la Paz», Bolivia, 1904.

² George Earl Church, *Geogr. Journ.*, Agosto 1901, p. 150.

y otros niegan, sabían al menos transmitir sus ideas y referir los acontecimientos por medio de *quippu* ó cordelitos de lana, de diversas longitudes y atados de diferentes modos, que presentaban infinitas combinaciones. La bella y flexible lengua de los Quichuas, que se habla todavía en casi todas las regiones andinas, desde el Ecuador hasta las fronteras de la Argentina y de Chile, y que en la lucha por la existencia hasta ha prevalecido provisionalmente sobre el castellano, fuera de las grandes ciudades, era usada por poetas, dramaturgos, historiadores, se empleaba para celebrar los amores y las alegrías; en la actualidad resuena en todos los *tristes* ó cantos melancólicos de los desgraciados oprimidos que penan trabajando para otro.

Pero si los Incas y los pueblos por ellos gobernados, Quichua y Aimara, han llegado á ser famosos en Europa, sobre todo entre los filósofos y moralistas del siglo XVIII, débese á sus costumbres



comunistas. Puede juzgarse de la admiración provocada por el régimen político de los Incas leyendo el prefacio de la *Basiliade*, la obra famosa de Morelly, según la cual la utopía de su pueblo feliz no es sino una pura copia del régimen peruano: «El sistema no es imaginario, puesto que... las costumbres de pueblos que gobierna Zeinzenim son con poca diferencia las de los pueblos del imperio más floreciente y más culto que haya existido jamás..., el de los Peruanos»¹. Aun en nuestros días no es raro oír alabanzas á los Incas como modelo digno de ser seguido en la sociedad futura.

Ciertamente los indígenas de la meseta andina eran muy superiores á los civilizados de nuestros días, á lo menos en el concepto de que todos los individuos sin excepción tenían allí su subsistencia asegurada. Tal resultado atestiguan entre los Peruanos un espíritu de solidaridad y una conciencia escrupulosa de que carece por completo nuestro mundo europeo, fundado sobre el principio de la propiedad personal ilimitada. Desde ese punto de vista, la civilización moderna, que tanto enorgullece á ingenieros é industriales, es inferior á la de los Incas, con tanto mayor fundamento, cuanto que en el día no hay duda sobre la inmensidad de los recursos que posee la Tierra. Es incontestable — aunque los economistas de la escuela oficial pasen el hecho en silencio — que los productos anuales en alimentos de toda especie exceden en mucho las necesidades del consumo. Verdad es que miles de hombres mueren de miseria y de hambre, pero á su lado se averían y se pierden montones de géneros en los graneros, depósitos y almacenes.

Aunque reconociendo que respecto á ese punto los modernos han de humillarse ante los Incas, preciso es decir que la civilización, tal como éstos la habían concebido y la practicaban, había de producir fatalmente la decrepitud y la ruina de la nación. Los Peruanos creían en la utopía del «buen tirano», que seduce también á gran número de espíritus en Europa, pero que las revoluciones sucesivas han hecho felizmente irrealizable. El Emperador ó Inca era hijo del Sol ó el «Sol» mismo, el gran regulador de todo el sistema que gravitaba á su alrededor; la ley, *apou-p-simi*, era la «palabra del

¹ *Basiliade*, t. I, p. xli; — André Lichtenberger, *Le Socialisme au XVIII^e Siècle*, p. 108.

amo»¹. No sólo era irrevocable su voluntad, como la de los reyes de los Persas, era también infalible, como ha venido á serlo en teoría la del soberano pontífice. El pueblo no tenía que hacer más que gozar de la felicidad de que la razón suprema del monarca tenía á bien colmarle. Sin embargo, sin darse cuenta de ello, el Inca obedecía ciertamente á costumbres antiguas que, después de haber sido las de comunidades autónomas, habían tomado un carácter imperioso claramente monárquico. En primer lugar la tierra estaba dividida, como el imperio mismo, en cuatro partes: la primera cuarta parte correspondía al Sol, es decir, á su representante terrestre, al Inca; la segunda correspondía al gobierno, es decir, también al Inca; la tercera constituía las propiedades de los jefes ó *curaca*, y por último, la cuarta se dividía anualmente entre las familias de las comunidades. Esta porción solía ser suficiente para el sustento de los súbditos, pero en caso de escasez, éstos recurrían á los graneros públicos, constituídos por las reservas del Inca. Los animales de carga se repartían de la misma manera entre los Peruanos, pero el derecho de caza estaba reservado para los grandes personajes; no se dejaba á la disposición de todos más que las hierbas de los campos y el pescado de los ríos, de los lagos y del Océano. El guano de las islas Chinchas se dividía estrictamente entre las provincias del litoral y del interior para el abono de los campos respec-



Cl. A. Quiroga.
JOYA DE PLATA DE LOS BORDES DEL LAGO
DE TITICACA

¹ Célestin Prat, *Bull. de la Soc. d'Ethnographie de Paris*, Abril-Julio 1901.

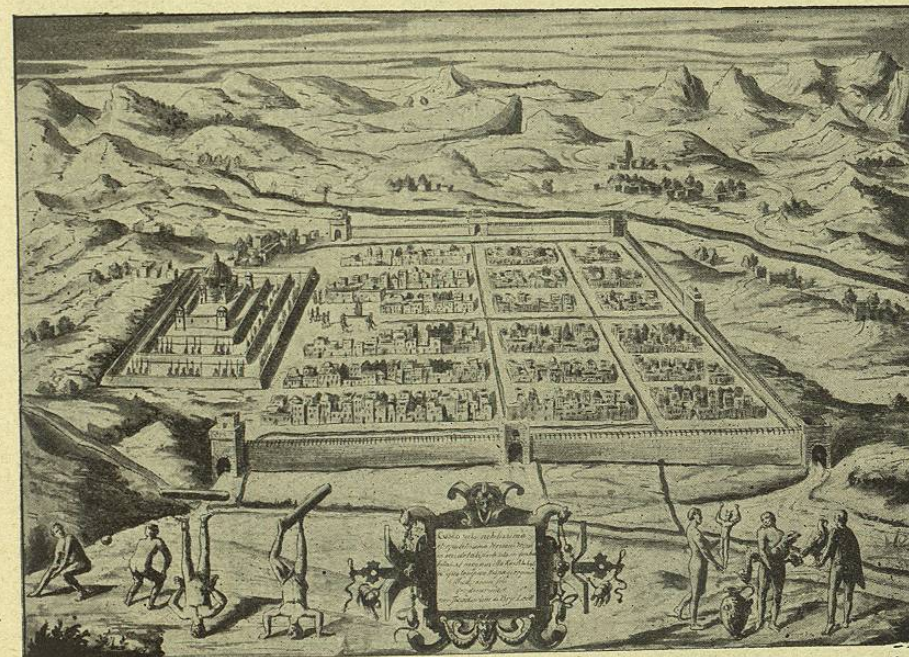
tivos, tanto los más lejanos del mar como los más próximos. Se había previsto la situación de los inválidos y de los enfermos: no quedaban á cargo de la caridad privada, sino que venían á ser como huéspedes de la nación, y las tierras á que tenían derecho se cultivaban por sus vecinos.

En cambio de la tierra que da la subsistencia, el hombre del pueblo debía obediencia absoluta á todos los que reflejaban la luz del sol: trabajaba para sus amos en los campos, en las minas, en los caminos ó en los palacios, y hasta, en ciertas circunstancias, se le pedía la vida, y estaba obligado á darla con alegría. Los grandes peligros nacionales, las enfermedades de los jefes, los signos de mal augurio exigían sangre, sobre todo la de los niños más fuertes y la de las doncellas más hermosas. Aparte de las órdenes del Estado, la voluntad individual no se manifestaba en nada; los matrimonios se hacían conforme á la elección de los amos y además siempre en el círculo de un estrecho parentesco y entre habitantes de una misma villa. No se toleraba el derecho de ir y venir: si los correos habían de llevar las órdenes del soberano de uno á otro extremo del imperio, los camineros no podían pasar de la parte de camino de cuya conservación estaban encargados, y el labrador permanecía fijo al trozo de tierra cuya cosecha le era concedida. La policía seguía á cada individuo en toda su existencia, siendo imposible escapar á la vigilancia de ese gran ojo del Estado, del sol que ve todas las cosas. Modelábanse las cabezas de antemano, según las clases y el género de trabajo á que se les destinaba: se había tenido cuidado de dar formas monstruosas á los cráneos de las gentes condenadas á la servidumbre absoluta; el hombre reputado infame estaba previamente afligido por la pena de tener una cabeza de infamia, mientras que se admitían ciertas tribus, particularmente protegidas, á la felicidad de llevar las orejas en forma de abanico¹.

De ese modo la docilidad de los pueblos de la meseta, Quito, Quichua, Aimara, Atacama, Chunchos, se obtenía de una manera completa; el rey Sol tenía súbditos según su corazón. Pero, aunque teniendo el título de dioses y siendo adorados como tales, los Incas

¹ Ch. Wiener, *Pérou et Bolivie*; — Edm. Gosse, *Déformation des Crânes*.

eran hombres, tanto más expuestos á la ignorancia cuanto que nadie de los que estaban á su alrededor les decía la verdad, y tanto más expuestos á sucumbir á la locura cuanto que podían tomar en serio el lenguaje de sus aduladores. Y esos rasgos de ignorancia y de locura no faltaron: á causa de la guerra de dos competidores, los Españoles pudieron entrar en el imperio desunido; por la estupidez



Cl. Sellier.

VISTA DE CUZCO
De una obra del siglo xvi.

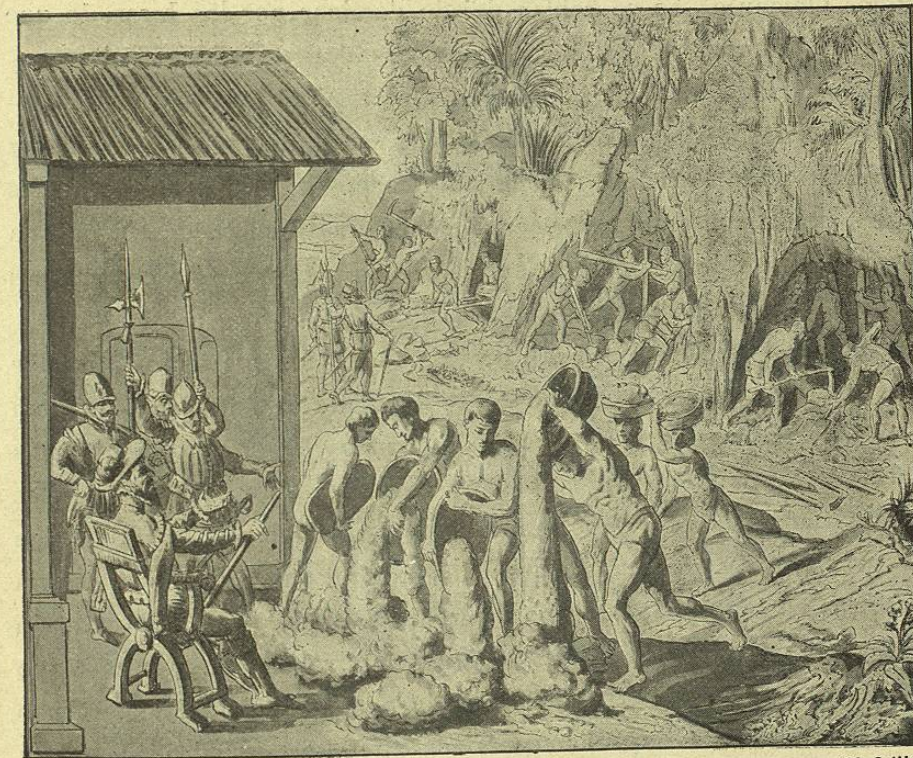
de Atahualpa, Francisco Pizarro pudo tenerle en su fuerte mano como un juguete movido á su antojo; por la irresolución de aquellos millones de súbditos sin energía ni voluntad, un corto número de bandidos resueltos pudieron apoderarse de un territorio de cuya inmensa extensión distaban mucho de formarse una idea. Además, los Peruanos estaban dispuestos á prosternarse ante los nuevos dioses. ¿No se vió á un hijo de los mismos Incas, Garcilaso de la Vega, lamer las manos ensangrentadas de los que mataron á los suyos? «¡Oh ilustre raza de los Pizarro! — exclama en su obra — ilustre raza, ¡cuán obligados te quedan los pueblos del Viejo Mundo por las riquezas que el Nuevo les ha dado! ¡Pero cuánto más te son deudores

los dos imperios de Méjico y del Perú por tus dos ilustres hijos Hernán Cortés y Francisco Pizarro, con sus tres hermanos Fernando, Juan y Gonzalo, que han sacado á estos idólatras de las tinieblas en que estaban! ¡Oh familia de los Pizarro, que todos los pueblos del mundo te bendigan de siglo en siglo!»

La plata y el oro fueron en primer término las grandes riquezas del Perú. El acontecimiento capital de la guerra de servidumbre fué la entrega de las masas de oro que habían de llenar hasta la altura de un hombre la cámara del palacio de Cajamarca y servir de rescate al desgraciado Atahualpa, condenado á pesar de todo á ser ejecutado después de una apariencia de juicio. Sabido es cuál es el segundo sentido de la palabra «Perú», el de montón prodigioso de riquezas ilimitadas. Algunas minas han sido agotadas, otras se han perdido y otras no pueden ser explotadas actualmente por falta de combustible, de vías de acceso ó de población local; pero en tanto que los conquistadores españoles tuvieron á su disposición, como herencia de los Incas, los Indios de la meseta para imponerles el trabajo hasta matarlos, la única preocupación de los amos fué extraer el metal, siempre el metal. Tocar directamente el oro tangible y pesado en masas enormes, tal fué el frenesí dominante. Como consecuencia, el fausto más que real, la ostentación agresiva y la arrogancia tomaron las proporciones de la locura por efecto de esas fortunas sin límites que el trabajo de los Indios extraía de la tierra. Uno de los virreyes del Perú, el duque de Palata, que reinaba hacia el final del siglo XVII, hizo empedrar una calle con oro macizo para que en su entrada triunfal en la ciudad de Lima no hubiera de pisar la tierra vil sobre la que pasan los mortales vulgares: ese capricho le costó, según se dijo, cuatrocientos millones de francos; mas para elevar un bello monumento, para pintar ó esculpir una verdadera obra de arte siempre faltaban los recursos.

Suele atribuirse al exterminio directo la despoblación del Perú y de otras comarcas mineras de América. Es un error, puesto que los Peruanos, acostumbrados á la docilidad absoluta, no lucharon por su independencia ó no se rebelaron más que en raras ocasiones, y solamente en la proximidad de los grandes bosques, donde algunas tribus de fugitivos, vueltos al salvajismo, habían adquirido un

poco de aquel valor que da la vida libre entre los árboles y los animales. La despoblación de la cuenca minera fué la consecuencia fatal del trabajo excesivo; en cuanto á la de las regiones de la costa, á lo largo del Pacífico, era en gran parte anterior á la conquista: muchas ciudades del litoral estaban ya arruinadas por efecto de las



Cl. Sellier.

INDIOS TRABAJANDO EN LAS MINAS BAJO LA VIGILANCIA DE LOS ESPAÑOLES
De una obra del siglo XVI.

guerras que habían tenido lugar entre los indígenas. Además se ha exagerado mucho la población probable de las ciudades de la costa: verdad es que las ruinas del Gran Chimú ocupan un espacio enorme comparado con el de la antigua Menfis, pero las construcciones fueron elevadas en épocas diferentes, de modo que las casas habitadas estaban separadas por escombros; aparte de que había extensos espacios destinados á la agricultura como los que existen hoy entre las diversas poblaciones de la llanura: toda la tribu de los Chimus, evaluada en más de cincuenta mil individuos, vivía en